

ENCUENTROS EN VERINES 2011

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

Libros digitales, baratos o gratis

Martín Casariego

Me encuentro entre los que, al menos al principio, vieron con inquietud la próxima llegada del libro digital a España.

No me preocupa el nuevo formato en sí, ni creo que su aparición lleve a una completa desaparición del libro de papel, al menos mientras quede gente como yo, acostumbrada a los libros de siempre: imagino, más bien, un mundo en el que coexistirán ambas formas de libro, el tradicional, impreso, y el nuevo, en pantalla.

Independientemente de que nos guste o no leer en una pantalla, el libro digital ofrece muchas ventajas, y sería de ciegos no verlas: ocupa menos espacio, pesa menos, se puede comprar desde cualquier lugar, puede permitir la consulta de palabras en español o en otro idioma, etc... Bienvenido sea, pues.

Podría, además, ser más barato: no hay costes de papel, ni de impresión, ni de almacenamiento, y se evita un paso antes de llegar al comprador, el de la distribuidora o la librería. Una librería (o una distribuidora) virtual se ahorra, además, el pago de un local. Todo esto, lógicamente, debería repercutir en su precio, y beneficiar al lector.

Lo que me preocupaba (y me sigue preocupando) es la piratería, las descargas ilegales que tan duramente han golpeado el cine y la música. Cuando he dicho que un libro digital se puede comprar desde cualquier sitio, es cierto; el temor es que igualmente se puede descargar sin pagar desde cualquier sitio.

En España, una parte importante del público opina que los músicos y los cineastas son unos golfos, vagos y maleantes, que ganan demasiado dinero porque un día hicieron una canción o un largometraje de éxito, y que viven de las rentas. Por ello, está justificado moralmente no pagar por sus canciones y películas. En cuanto a los escritores, considera que la cultura debe ser gratis, y por lo tanto, tampoco hay nada malo en piratear un libro. Mucha gente opina, también, que un dvd o un cd (o un libro) son demasiado caros, porque cree que lo que se paga es el soporte, y no el soporte más el contenido. Mucha gente no es consciente de que, para grabar determinada canción, por ejemplo, hubo que pagar músicos, estudios, técnicos...

Todo esto se debe a una suma de incultura e inmoralidad. Y también a otro factor: la impunidad. Desde un ordenador se puede robar sin recibir castigo. Además, se suma la coartada moral antes aludida: los libros (los cedés, los dvd) son abusivamente caros, así que no hay que pagar por ellos. Y, por si eso fuera poco, la cultura hay que darla gratis al pueblo. Aunque para quienes esto argumentan (si es que se puede llamar argumentos a ideas tan ramplonas) son más importantes el pan y el calzado, por poner dos ejemplos, no se les ocurre entrar en una panadería o en una zapatería y salir

con una baguette o unos zapatos sin pagar. O a lo mejor sí se les ocurre, pero no lo hacen porque serían, muy probablemente, castigados o, al menos, señalados con el dedo.

A ello se añade que hay quienes se benefician de esto: las plataformas que cobran por entrar en ellas (directamente, o mediante publicidad) o venden lectores y accesorios, y que ofrecen contenidos gratuitamente. Algunos pagan Internet porque les sale a cuenta si a cambio consiguen películas, cedés, libros, sin pagar. Estas páginas, o plataformas, o lo que sean, hacen que venga a mi mente una imagen: unos grandes almacenes con unos vigilantes en las puertas, que nos cobran una entrada, a cambio de lo cual cada uno puede llevarse lo que quiera del interior de esos grandes almacenes. ¿Que la compañía de esos vigilantes no es la dueña de lo que se puede obtener en ese lugar? ¿Y a quién le importa ese pequeño detalle?

Pero si todo esto me ha preocupado, la actitud de las editoriales tampoco me ha reconfortado: no me da la sensación de que hasta ahora hayan querido explotar esa nueva posibilidad, la del libro digital, ofreciéndolo a los posibles lectores de una forma cómoda y barata. Por lo que yo he visto, han convertido el proceso de descargar un libro en algo complicado y farragoso, en el que a veces hay que contestar preguntas que no vienen al caso (y que no hacen en las librerías), y en el que se paga –ahora sí- un precio excesivo. No tiene ningún sentido que, como he comprobado sorprendido con alguna de mis novelas, y evidentemente esto no es un caso único, ni siquiera raro, un libro digital sea más caro que en formato de bolsillo. Como tampoco me parece ni justo ni justificable que en algunos casos –no todos- ofrezcan a los autores un 15% por la venta, sólo un 5% más que en el caso del libro en papel. No es ese el camino, cuando las editoriales se libran de muchos costes con el libro digital.

Imagino que las editoriales no quieren perjudicar a imprentas, distribuidoras y librerías, ni perder empleados. Pero de este modo, según mi percepción, únicamente consiguen retrasar el problema, para que acabe estallando con más fuerza. Así, me temo, poniendo precios demasiado altos y trabas al proceso de compra, se aleja a posibles compradores de libros digitales, y se les anima a pasarse al bando de quienes los descargan sin pagar y sin obstáculos. Se crean, en fin, hábitos de piratería.

El panorama se muestra así bastante descorazonador para los escritores. Y sin embargo, los escritores no somos quienes deberíamos salir perjudicados ante esta nueva situación. Podría, incluso, beneficiarnos. Ofrecemos lo que no se puede saltar, el texto. Y nuestros libros, a menudo destruidos por el coste de mantenerlos en un almacén, o no reimpresos por el coste de esa reimpresión, pueden existir siempre.

Hasta donde yo sé, la protección segura de los archivos no es completamente posible. Se pueden poner dificultades, pero no totalmente insalvables. Por ello, creo que la mejor forma de disuadir a alguien que esté dispuesto a piratear los libros es ofrecerlos de forma legal a un precio bajo.

Dando vueltas a todo esto, Marta Rivera de la Cruz y yo mismo hemos creado una colección, llamada Libr-e, en colaboración con la editorial Leer-e, radicada en Pamplona.

La idea de esta colección, en la que entran tanto novela como poesía, teatro o ensayo, es que los libros tengan un diseño moderno y reconocible, que el precio sea idéntico (menos de 4 euros), que la compra pueda hacerse de una forma sencilla, y que la nutran títulos que en la actualidad se hallen descatalogados, pues no queremos pisar el terreno de las editoriales tradicionales en papel. Los autores de esta colección (Marta Rivera y yo

mismo, pero también Berta Vías, Ángela Vallvey, Fernando Marías, Marcos Giralt, David Torres, Nicolás Casariego, Vanessa Monfort, Espido Freire...) recibirían por derechos de autor un porcentaje sensiblemente mayor al habitual en papel, con lo que los ingresos por descarga serían semejantes a los obtenidos por venta de un ejemplar tradicional. Y, sobre todo, tendrán la oportunidad de decir que sus libros existen y pueden ser comprados y leídos, cuando visiten una universidad, ya sea en Panamá, en Tokio o en Salamanca, pues desde su lanzamiento estarían disponibles en Amazon, Casa del libro, Barnes& Noble, Apple, diversas bibliotecas y librerías online en España y en países como Chile, Costa Rica, Perú, México, etc...

Creando Libr-e pretendemos, así, no asustarnos ante los nuevos tiempos, sino aprovechar sus ventajas: recuperar libros que existieron, pero que desaparecieron por los inconvenientes del libro tradicional, y ofrecerlos a un precio razonable. Esta iniciativa es, evidentemente, una gota en un océano, una modesta contribución, pero pretende poner sobre el papel –si es que todavía se puede expresar así– la idea de que los libros digitales serán accesibles y baratos... o si no, todo lo demás será pirateo.

Martín Casariego septiembre 2011